

*

Bij het zien van zijn lichaam (Contemplando su cuerpo) es un poemario de 44 sonetos dedicado a la corporalidad. Mientras a nuestro alrededor las personas enferman y mueren, entre quienes siguen sanos la necesidad de amor y sexo no parece sino hacerse más intensa. Tal vez sea la desesperación, disfrutar antes de que sea demasiado tarde, o bien las ganas de vivir. Probablemente, ambas cosas al mismo tiempo.

El traductor Diego Puls ha traducido al español ocho sonetos de ese poemario.

L. y F. (n.º 6)

Pensando en su cuerpo desnudo
disfrutando de sí mismo, voy
por el muelle y oigo a mi madre:
¿No habrá por aquí ningún banco?

La atraen pelusas de dientes de león,
una barca cortando las olas. ¿Puedo?
Sujétalo tú, a la una, a las dos y a las
tres, el viento le sopla a la cara.

El cuerpo está tallado en madera,
barnizado al óleo, no le queda ya
astilla rebelde ninguna.

Venga —digo— es hora de volver.
Cojo su mano, atrapo aire, se vuela.
Espera un poco, estoy cansada.

S. (n.º 8)

Timbre, nervios, pasos, puerta abierta,
hola, calor en un pasillo sucio, tanto
que él, en calzoncillos solo, guiña un ojo
y yo, agarrotado, pienso

por amor del cielo cómo has podido señor mío
estos brazos de bronce, estas piernas de cobre,
estos rizos alrededor de unos ojos que rogando
se funden y luego esa risa ávida y falsa.

Tomas una copa, mientes, escuchas,
te compenstras, tocas, paso atrás, y entonces
en el momento justo, con timidez fingida,

mirada fija y susurro: «Botín, presa, víctima».
Muy pronto y deprisa se dobla el metal, nace
el asco, desaparece el deseo, me maldigo.

H. (n.º 17)

Italia en invierno, luz cortante,
las calles vacías, desde una ventana
una mujer advierte: ¡Ojo, hielal!
Reímos, achispados ya, pues

vuelta al pasado. Yo aún bachiller, él
universitario, primera vez que llego
a casa en otro sitio. Una tarde de junio
y aún huelo su ropa cuando cierro

los ojos. Pero ahora que está
de nuevo frente a mí, veinte años después,
poco sentido tiene, o ninguno, esforzarse.

Lo que fue aún sigue ahí, aunque
ya sin color, la calidez menguada y
sólo huelo cuando cierro los ojos.

W. (n.º 22)

Qué hago yo aquí, por Dios, a las cuatro
de la madrugada, en una cama extraña
junto a un hombre que, confirmando el tópico,
duerme en paz, ajeno a toda intranquilidad.

¿Habrán trenes todavía? ¿Dónde he puesto
la ropa? ¿Estará echada la llave? ¿Despertará
y, furioso, con un cuchillo candente,
o más bien indiferente, ah, ya te ibas?

Lo último sin duda. Ojalá hubiese habido
lucha, trastos tirados a la cabeza, amenazas, me
hubiese hablado en voz baja, torturado mi ser.

Nada de eso. Una sonrisa y un cumplido,
primero una copa y después
de la cabeza a la pelvis y vuelta a empezar.

B.

Contemplando su cuerpo demacrado
que consumió una tristeza inmanejable
a la que llaman pesar y que es infame, mucho
más que lo que nos llega de fuera,

consciente de su cuerpo que ocultaba
un mar de flores y envolvía una música etérea
y palabras bonitas de hijos y hermanos
—qué difícil ser sincero, aun ahora—

portando ese cuerpo, más pesado de lo que
cabía sospechar, mi hombro izquierdo
gimiendo un dolor que venía de otra parte,

descargando ese cuerpo, mira, mira bien,
me sobrevino una tremenda nada
que más tarde, inaudita, supe que era libertad.

Números e iniciales, olvidados

Un bar de Berlín, las calles de París,
la mirada intensa puesta en una presa
casual, un cine desierto de Róterdam,
el dorso de mi mano rozando su cara,

con un único objetivo: comprobar
si superaba su vacilación, una terraza
junto a un canal, una estación en España,
sin dejar de estar atento un solo instante,

hasta oír lo que oigo, uno en voz baja,
fogoso el otro: «Vente». Y me sonrío,
aplacada pasajeramente mi hambre. Y no digo

que no hubiera más que caza. Picar
y quedar colgado. Que nadie se quedase.
Que ya me había ido. Que nunca he sido.

L.

Sujetando su cuerpo, firme
como un niño que reclama atención, pero
luego en silencio, sonriente, observo
cómo una vida se va desmoronando

y se hace polvo, ceniza entre mis dedos, como
agua de río que circula, bajo tierra primero
hacia arriba, por la superficie luego
hasta el mar, la playa tranquila ahora y roja.

Lagrima, la consuelo. Los ojos cerrados,
no mira a nadie, coge mi mano
y desliza el recuerdo cual anillo alrededor

de mi corazón. Un alma se evapora, cuajando
y contentándose con otro cuerpo, por ahora,
hasta que también a mí me lleve el viento.

A. (n.º 36)

En ausencia de su cuerpo, su
templo consolador de pelo y piel,
su candente armadura de músculos,
tiasas articulaciones y dedos fríos,

me contento con su alma.
Pienso, echo de menos, sueño, anhelo
su resistencia, su médula de miedo
a perder el reino solitario.

¿Para qué aferrarse a quien se niega?
¿Para qué optar por un corazón que
no quiere que lo elijan? ¿O acaso

tengo miedo yo también, no a un antiguo
no, doloroso y familiar, sino
al más impactante de los síes?

© *Peter Swanborn*

© *Traducción: Diego J. Puls 5.3.2008*